



LOS CAMBIOS EN EL CONSUMO ALIMENTARIO: REPERCUSIÓN EN LOS PRODUCTOS MEDITERRÁNEOS

José María García Álvarez-Coque

Teresa López-García Usach

Grupo de Economía Internacional (Universidad Politécnica de Valencia)

1. Introducción

El consumo de productos alimentarios en España se ha modificado notablemente en las últimas décadas. Con datos de la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO), los niveles de consumo de energía en España son similares al promedio de los países desarrollados (3.470 calorías), pero los niveles de consumo de proteína y de grasa ya son superiores en España al promedio del mencionado grupo. Esta evolución denota que el problema nutricional en España ya no radica en la disponibilidad de calorías sino en el mantenimiento de una dieta equilibrada.

De hecho, los cambios que afectan a todos los componentes de la cadena de valor reflejan signos preocupantes sobre los hábitos alimentarios de los españoles. Así, se ha ido produciendo una reducción del consumo de frutas y hortalizas y las pautas alimentarias se alejan cada vez más de la dieta mediterránea. Un estudio reciente de FAO (Schimidhuber, 2006) revela el abandono de la dieta mediterránea por parte de los países del Sur de Europa, entre ellos España, donde el porcentaje de calorías procedente de grasas creció del 25 al 40% entre 1961/63 y los inicios de la década actual.

Estos cambios se transmiten a los productores en forma de crisis de mercado, como la que está viviendo el sector de frutas y hortalizas en nuestro país. Al mismo tiempo, comportan un problema de salud pública, al empeorar la calidad de vida de la población que sufre de sobrepeso, obesidad y otras enfermedades asociadas a una dieta desequilibrada.

RESUMEN

El objetivo del artículo es estudiar los cambios en el consumo alimentario a nivel internacional, con énfasis en los productos mediterráneos. Para ello, se explican, en primer lugar, los factores de la demanda mundial de alimentos, con atención a los cambios en los países en desarrollo. Estas tendencias están marcadas por fuertes cambios en los hábitos de consumo de los alimentos. Seguidamente, se realiza un estudio particular de los productos mediterráneos, donde se aborda la crisis de la dieta mediterránea y sus repercusiones para la cadena de valor y para la salud de la población. Finalmente, se formulan recomendaciones para revertir la tendencia a la caída del consumo de frutas y hortalizas.

ABSTRACT

The purpose of this article is to analyse international changes in food consumption patterns, focusing on Mediterranean products. First of all we explain the factors that determine the international food demand, especially in developing countries. Current trends are characterized by strong changes in food consumption patterns. Then, the analysis focuses on Mediterranean products specifically on the crisis of the Mediterranean diet and its consequences on the food supply chain and on human health. Finally, some recommendations are proposed to reverse the fruits and vegetables consumption decrease.

La evolución en las pautas de consumo en España se produce en un contexto de cambios en la demanda a nivel internacional. El objetivo del artículo es analizar dichos cambios, discutir su naturaleza (coyuntural o estructural), estudiar sus repercusiones sobre la cadena de valor y, finalmente, proponer medidas que pueden adoptarse para tratar de corregir los problemas. Para ello, en la Sección 2 explicamos la evolución de la demanda mundial de alimentos, destacando los factores determinantes de la misma. En esta Sección no haremos énfasis especial en los productos mediterráneos sino en los factores de cambio de los hábitos alimentarios. El estudio particular del consumo de productos mediterráneos se realiza en la Sección 3, donde se discute la crisis de la dieta mediterránea y sus repercusiones para la cadena de valor y para la salud de la población. En la Sección 4 se formulan una serie de recomendaciones para revertir la tendencia, para finalizar el artículo, en la Sección 5, con sus principales conclusiones del mismo.

2. ¿Qué está cambiando en la demanda mundial?

Antes de abordar cualquier estudio socio-económico en la demanda mundial de alimentos no podemos olvidar que estamos hablando de un tema serio. No podemos obviar cifras como las del número de niños menores de cinco años sufriendo desnutrición, que son de unos 140 millones en los países en desarrollo según el último informe sobre los Objetivos de Desarrollo del Milenio (Naciones Unidas, 2008). No obstante, sería inexacto afirmar que la situación de nutrición en el mundo está empeorando a nivel general, y las Naciones Unidas no dejan de recordar que el hambre podría ser prácticamente erradicada en una generación y que los objetivos del milenio son alcanzables. Podemos pensar en que un mayor número de personas se van incorporando como demandantes efectivos en un mercado internacional de alimentos que está siendo sujeto a fuertes transformaciones. Pero, ¿cuáles son esos cambios desde la perspectiva de la demanda? Los factores de evolución de la demanda son diversos y han propiciado un incremento global de la demanda y variaciones de los patrones de consumo.

2.1. Incremento de la población

Un factor de cambio primordial es el crecimiento demográfico que aumenta la demanda total de alimentos. En enero de 2009 ya somos más de 6.700 millones en el mundo y la población crece unos 80 millones de personas al año. FAPRI (2008) estima que el consumo de productos alimentarios se incrementa, por término medio, un 1,1% anual y que es debido a una mayor demanda procedente de los países en desarrollo, principalmente de Asia, África y de Oriente Medio. Estas regiones son, junto con América Latina, las que registran mayores incrementos de población con unas tasas anuales superiores al 4%.



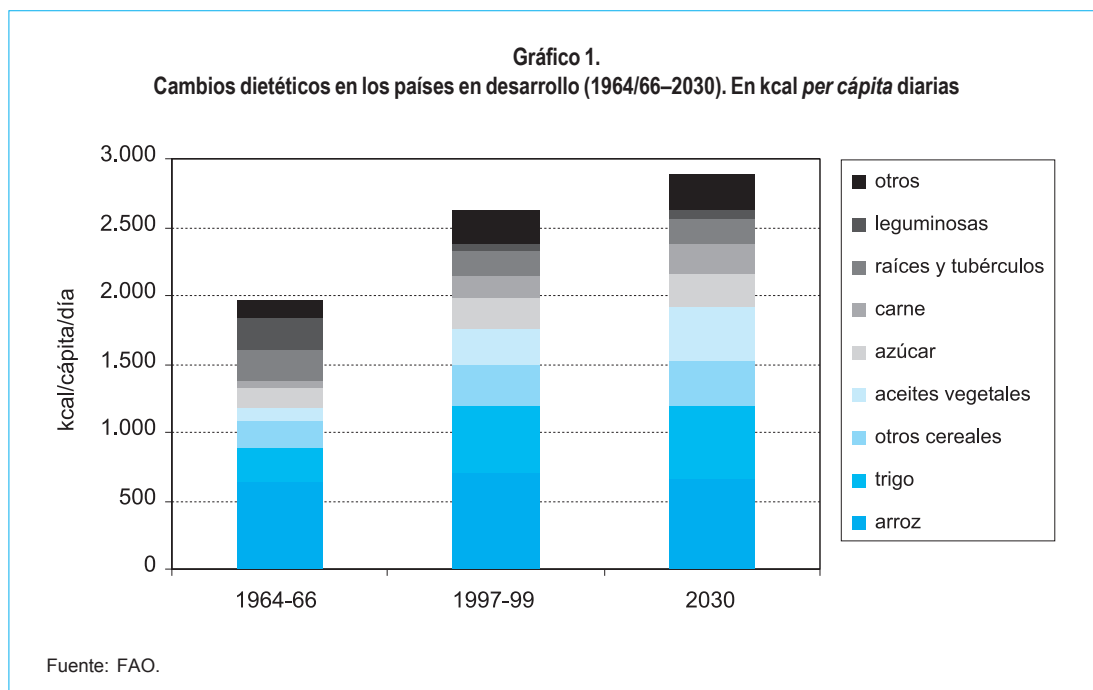
Las tesis neo-malthusianas que apuntan a un límite de suministro de alimentos no se han ido cumpliendo, a pesar de las bolsas de hambre que siguen existiendo en algunas regiones del planeta. El crecimiento de la población ha sido compatible con un aumento del consumo medio de alimentos *per cápita* en el mundo –se ha pasado de 2.360 kcal/día en promedio a mediados de los años sesenta a 2.800 kcal/día en la actualidad (FAO, 2008)–, y también en un incremento del valor total de las importaciones de alimentos –1.019.00 millones de dólares en 2008, lo que representa un incremento del 23% con respecto a 2007 y del 64% con respecto a 2006–. Aunque el volumen de importaciones ha aumentado hay que matizar que parte del incremento en el valor de las importaciones se ha debido a la subida de precios registrado el último año. Es por tanto lógico que muchos países estén preocupados de una excesiva dependencia del comercio mundial y que surjan voces por una mayor autosuficiencia o soberanía alimentaria. No obstante, el comercio mundial seguirá desempeñando un papel esencial en el abastecimiento alimentario internacional.

2.2. Crecimiento económico en los países emergentes

La población mundial aumenta, pero donde lo hace más rápido es en los países en desarrollo emergentes, es decir, aquéllos donde durante la primera década del siglo XXI se ha experimentado un rápido crecimiento económico que ha incrementado el poder de compra de cientos de millones de personas disparando la demanda total de alimentos.

Independientemente de las oscilaciones coyunturales en las tasas de crecimiento del PIB fuera y dentro del área OCDE, cada vez parece más evidente que las economías emergentes tomarán el testigo en el crecimiento de las importaciones mundiales de alimentos y materias primas agrícolas. En otras palabras, los desarrollos más dinámicos en los mercados de productos agrarios tendrán lugar cada vez más fuera del área OCDE. En particular, ello se debe a potencial de crecimiento de países como China, India, Brasil y Rusia, los cuales se convertirán en impulsores de la economía global. De acuerdo con el estudio de proyecciones realizado conjuntamente por la OCDE y la FAO (OCDE y FAO, 2008), la tasa de aumento del consumo *per cápita* de alimentos será marginal en los países de ingreso elevado, y significativa en los países en desarrollo, debido sobre todo a una diversificación de la dieta, a su vez relacionada con el incremento de la renta de la población y a su rápida urbanización.

El incremento de rentas registrado en los países emergentes ha generado una situación de mayor bienestar en una parte de la población que ha provocado modificaciones en la composición de su cesta de compra. China e India, que representan el 40% de la población mundial, son los motores fundamentales de cambio. Entre ellos destaca la sustitución de arroz por otros cereales, especialmente trigo, y el incremento de consumo de productos animales que resulta menos acusado en India puesto que un amplio porcentaje de la población es vegetariana. Los crecimientos de renta y población en Rusia y en los países en desarrollo más dinámicos se



trasladarán directamente en un aumento del consumo de alimentos de mayor valor añadido, en concreto, de carnes y productos lácteos. De este modo, la OCDE proyecta que el 80% del aumento esperado del consumo de carne en la próxima década tendrá lugar en los países en desarrollo, sobre todo en la región de Asia y Pacífico. El Gráfico 1 resume los cambios en la composición de la dieta en los países en desarrollo.

2.3. Creciente urbanización

En las próximas tres décadas el 61% de la población vivirá en zonas urbanas y la pobreza seguirá persistiendo como un fenómeno más acusado en las zonas rurales (Von Braun, 2007). La urbanización ocasiona cambios en el estilo de vida que se torna más sedentario: la mecanización, el desarrollo de nuevas tecnologías y de los medios de transporte reducen la componente física de la mayoría de los trabajos, y en las actividades de tiempo libre ganan adeptos las relacionadas con la televisión, Internet y videojuegos. Esta reducción de la actividad física no ha venido acompañada por una reducción de la ingesta de alimentos, sino que al contrario ésta se incrementado en casi todos los países del mundo. La urbanización introduce modificaciones en la dieta tradicional seguida por la población rural basada en el consumo de cereales, frutas y vegetales y una baja ingesta de grasas (Popkin, 1993). También incrementa el consumo de nuevos productos listos para cocinar o listos para comer.



El crecimiento del comercio internacional ha ido posibilitando el acceso a productos de todo el mundo, sobre todo en las zonas urbanas bien comunicadas y propicia la estandarización de los gustos de los consumidores en todo el mundo, apareciendo una convergencia hacia las modalidades alimentarias de EEUU y de la UE y una occidentalización de las dietas de los países asiáticos (Schluep, 2005). A pesar de la reacción de algunos movimientos culturales como *Slow Food*, los jóvenes urbanos de hoy tienden a alejarse de las tradiciones culturales locales. Esto supone a su vez un problema para productores locales que ven sus productos sustituidos en la dieta por los productos importados a bajo coste. En algunos países europeos y en Estados Unidos se está manifestando un movimiento de retorno al consumo de productos locales de alta calidad, pero este proceso todavía tiene que desarrollar su potencial.

2.4. Otros factores sociales

En los países desarrollados los cambios no están tan vinculados al crecimiento de la población o de la renta. Cobran importancia otros cambios que están afectando los patrones de consumo de alimentos. Así, por ejemplo, podemos mencionar:

- El envejecimiento en los países desarrollados orienta el consumo hacia productos adaptados a las necesidades de las personas mayores.
- La incorporación de la mujer al trabajo remunerado fuera del hogar ha modificado la estructura productiva y social originando cambios de diversa índole. En primer lugar se dispone de menos tiempo para realizar la compra y preparar los alimentos, lo que reduce el consumo de productos frescos frutas, hortalizas, patatas y otras raíces y aumenta la demanda de productos de más fácil consumo que tienen un mayor contenido en azúcares, sal y grasas.
- El tamaño de las familias se ha ido reduciendo (1 ó 2 hijos) y la vez que incrementa el número de hogares unipersonales.
- Los horarios de trabajo también dificultan que los miembros de la familia puedan comer juntos e incrementa la comida fuera del hogar. Todos estos aspectos redundan en un empeoramiento de la dieta.
- La preocupación por la salud, tanto en la componente de seguridad de los alimentos como de los efectos de la ingesta de alimentos en el organismo, también condiciona la elección final de los consumidores (Sánchez, 2008).

Otro factor de cambio es la llegada de inmigrantes de diversas procedencias, culturas y religiones que mantienen las costumbres alimentarias de sus países. A este factor ha contribuido el alza del turismo, que facilita el conocimiento y la adquisición de otras realidades culinarias y gastronómicas. En España, la inmigración supone un factor de impulso demográfico reflejado en un aumento de la población que se sitúa en más de 46 millones de habitantes, con un crecimiento record en 2007 y con 8 de cada diez nuevos ciudadanos durante dicho año nacidos fuera de nuestro país.

2.5. Las oscilaciones de precios

La evolución a medio plazo de los precios de los alimentos puede ser vista como una consecuencia de los cambios en la demanda. Sin embargo, una parte de las fluctuaciones de los últimos años han tenido un carácter adicional y exógeno a los factores mencionados de comportamiento de la demanda. El período actual está caracterizado por una mayor volatilidad de los mercados que se vio reflejada en la sacudida de los precios internacionales de las materias primas agroalimentarias ocurrida en el año 2007. La elevación de los precios fue mayor de la esperada según las tendencias resumidas en los párrafos anteriores, y tiene que ver con causas recientes como la demanda incrementada de materias primas para la producción de bioetanol y biodiesel, y con los factores de inestabilidad en los mercados energético y financiero.

Los efectos de la inestabilidad en los mercados son patentes sobre el coste de los alimentos y sobre los niveles de inflación. Son efectos que no son neutrales en la población ya que tienden a afectar más negativamente a los grupos sociales más vulnerables. Los pobres que no tienen la posibilidad de producir sus propios alimentos se ven severamente afectados por las elevaciones de precios. El encarecimiento de los precios tiene un efecto similar al de una disminución de la renta. El consumidor ve reducido su poder adquisitivo, lo que afecta especialmente a las familias de rentas bajas que son las que mayor porcentaje de sus ingresos destinan a la compra de alimentos. Su cesta de alimentos empeora en términos de cantidad y de diversidad de productos agravándose su situación de malnutrición y de carencias de micronutrientes. La FAO estimó que el número de personas viviendo en la pobreza absoluta aumentó en 100 millones de personas debido a la escasez de alimentos de 2007 y 2008, sobre todo en el África al Sur del Sahara y en el Sur de Asia.

Pero los aumentos de los niveles generales de precios de los alimentos también afectan los patrones de consumo. Los precios implícitos de las calorías aportadas por las frutas y hortalizas, por las carnes y pescados y por los lácteos son superiores a los de las calorías aportadas por los aceites y grasas, y las harinas, pan y cereales. Por consiguiente, las frutas y hortalizas son, junto con la carne y los productos lácteos, los productos que más afectados se ven cuando se reduce el poder de compra de los consumidores (Von Braun, 2007). Esto es



debido a que cuando el presupuesto disponible para alimentación es reducido la estrategia económica más racional es maximizar la ingesta de calorías, por lo que el consumidor se orienta a los alimentos procesados que tienen más grasa y por tanto más energía que los frescos (Pollan, 2007).

Las variaciones relativas en los precios de los alimentos son también debidas a medidas de política agraria que condicionan de este modo los patrones de consumo. Las subvenciones a determinados productos ocasionan distorsiones en los precios relativos que han distorsionado la demanda. Tanto las políticas agrarias de la UE y como de EEUU han apoyado a los productos con alto contenido en grasas en detrimento del sector de frutas y hortalizas frescas, por lo que éstas han resultado relativamente más caras. En los supermercados de EEUU el precio real de frutas y hortalizas se incrementó un 40% entre 1985 y 2000, mientras que el precio de los refrescos disminuyó un 23% (Pollan, 2003). En la UE, la PAC parece que no ha tenido efectos significativos en la composición del consumo interior, aunque podría haber afectado a países terceros contribuyendo a un exceso de consumo de calorías en ciertos países dependientes de suministros externos de cereales, como se observa en el noreste de África. De hecho, en los países del Magreb la ingesta diaria de calorías por persona se ha incrementado de 2.200 en 1970 a 3.140 en 2003 (División Estadística de la FAO).

3. La dieta mediterránea en crisis

Las implicaciones de los cambios en los patrones de consumo sobre los productos mediterráneos son de diversa índole. En términos generales se trata de productos de mayor precio, por lo que su consumo tiende a retraerse en situaciones de crisis.

La dieta mediterránea es la forma de alimentación tradicional de los países de la ribera del Mediterráneo. Sus características fundamentales son el alto consumo de productos vegetales (frutas, verduras, legumbres y cereales), el uso del aceite de oliva, la preferencia por el consumo de pescado y aves frente a las carnes rojas y la ingesta regular de vino. Las primeras referencias científicas a la dieta mediterránea¹ se remontan a un estudio de Leland G. Allbaugh que, en 1948, investigó el modo de vida de los habitantes de la isla de Creta centrándose, entre otros aspectos, en su alimentación. A su vez, el fisiólogo norteamericano Ancel Keys encabezó un estudio sobre las enfermedades coronarias, el colesterol de la sangre y el estilo de vida de siete países: Italia, Yugoslavia, Grecia, Holanda, Finlandia, EE UU y Japón. Los resultados evidenciaron una menor incidencia de las enfermedades coronarias en las zonas rurales del Sur de Europa y en Japón y por lo que llegó a la conclusión de que debía existir un factor protector en el estilo de vida en estos países. Keys denominó a este factor «estilo mediterráneo» (*Mediterranean way*) que estaba caracterizado por una intensa actividad física y una alimentación frugal con abundancia de

¹ http://es.wikipedia.org/wiki/Dieta_mediterranea.

productos vegetales y un menor consumo de productos de origen animal. Posteriormente, en la difusión de los resultados del estudio, se asimiló el concepto de «estilo mediterráneo» con el de «dieta mediterránea».

Las bondades de este estilo de alimentación han seguido siendo contrastadas y avaladas por numerosos estudios que la relacionan con una menor incidencia de determinadas enfermedades asociadas al sobrepeso y la obesidad (enfermedades cardiovasculares, Alzheimer, determinados tipos de cáncer...) y, por tanto, con una mejor calidad de vida.

A pesar de esta evidencia, los patrones de consumo evolucionan de modo que el estilo mediterráneo está cada vez menos presente en la dieta. Aunque existen seguidores de la dieta mediterránea en todo el mundo es, paradójicamente, en la zona de origen de la misma donde se está produciendo la mayor pérdida de este modo de alimentación. Las causas que propician este alejamiento de la dieta mediterránea están relacionadas, por una parte, con las preferencias del consumidor y, por otra, con la evolución de la industria agroalimentaria en la que han surgido nuevos productos y ha irrumpido la gran distribución.

Los productos alimentarios han evolucionado para satisfacer las nuevas demandas de los consumidores. Así, contra la falta de tiempo para preparar los alimentos surgen los platos preparados o los alimentos de cuarta gama. Cada vez hay mayor disponibilidad de productos procedentes de otros países, alimentos adaptados a las necesidades de las personas mayores, formatos más pequeños para hogares de uno o unos pocos individuos y también productos de reducido aporte calórico, o surgidos de la agricultura ecológica o con otras prestaciones con efectos beneficiosos sobre la salud (alimentos funcionales) para satisfacer demandas específicas.

La distribución es el otro factor de cambio en la industria agroalimentaria que condiciona la evolución de los alimentos y modifica las pautas de comportamiento de los consumidores. El surgimiento de la gran distribución ha supuesto una revolución en la forma de entender el consumo: todos los productos están al alcance del consumidor en la misma superficie, se incrementa la diversidad y se reducen los costes de suministro y distribución lo que puede traducirse en una disminución de precios. Además, ha tenido un fuerte impacto en los establecimientos tradicionales (desaparición de pequeños comercios) y en los hábitos de compra de los consumidores (compra semanal o mensual). En los últimos años han proliferado las tiendas de conveniencia con horarios adaptados a las necesidades de los consumidores e incluso establecimientos que permanecen abiertos 24 horas todos los días.

Como se ha señalado en la sección anterior, el encarecimiento de los precios de los alimentos también tiene un efecto negativo sobre la dieta mediterránea. Al reducirse el poder de compra del consumidor disminuye su demanda de frutas y hortalizas y de aceites vegetales –también de lácteos y carnes– puesto que son productos que resultan más caros. Las frutas y hortalizas son ricas en vitaminas y en precursores de las vitaminas, apareciendo carencias en las dietas.



Los consumidores responden a la crisis comprando menos alimentos y aquellos que resultan más baratos. Se inclinan pues hacia el consumo de productos con alto contenido en grasas y azúcares en detrimento de productos como las frutas y hortalizas, cuyo aporte nutricional es mayor pero contienen menos calorías por euro gastado. Este aspecto resulta importante en el contexto de crisis actual al existir una correlación negativa entre el estatus económico-social y la obesidad. También existe una clara relación entre el desempleo y los problemas económicos de los padres con la obesidad infantil, puesto que el estilo de vida de la gente cambia en relación con las condiciones económicas a las que se enfrenta.

Todo ello ha conducido a que en los últimos 40 años la dieta mediterránea se haya deteriorado al reducirse el consumo de frutas y hortalizas e incrementarse excesivamente la ingesta de azúcares, grasas saturadas y sal.

3.1. Un problema para los productores de frutas y hortalizas

Las frutas y hortalizas son productos especialmente sensibles a modificaciones de los precios, puesto que el consumidor no los percibe como productos básicos. Además, su carácter de producto perecedero impide el almacenamiento y dificulta el transporte y la logística de distribución. A nivel internacional, su comercialización está sometida a una estricta reglamentación sanitaria y fitosanitaria que a menudo suponen una dificultad añadida de dudosa justificación técnica para su exportación. Los cambios sociales también contribuyen a la reducción de la demanda de estos productos orientándose a otros de más fácil consumo.

La evolución del consumo de frutas y hortalizas en la Unión Europea muestra un descenso. Según Freshfel (2008), el consumo *per cápita* en la UE-27 en 2006 fue 107 kg de fruta y 98 kg de hortalizas. Esto representa una reducción del 0,7% en frutas y 4,5% en hortalizas con respecto a la media del periodo 2000-2006, aunque la situación varía considerablemente entre Estados miembros.

El consumo es relativamente elevado en los países productores. Otros factores que contribuyen positivamente al consumo de frutas y hortalizas son: un nivel de renta medio o alto; tamaño medio o grande de la familia; existencia de un miembro de la familia dedicado a las tareas del hogar y la preocupación por la salud (García Álvarez-Coque *et alii*, 2006).

Según la Asociación Europea para el Estudio de la Obesidad, sólo 8 Estados miembros de la UE alcanzan la dosis mínima de consumo de fruta recomendada por la FAO y la OMS, que es de 400 gramos diarios.

La reducción que se viene registrando en el consumo de frutas y hortalizas contrasta con el consenso generalizado que existe a nivel científico sobre su importancia para una dieta equilibrada y para la prevención de ciertas enfermedades asociadas a la mala alimentación.

También existen indicios de que la disminución del consumo ha contribuido a agravar la crisis que atraviesa el sector de frutas y hortalizas. Sin embargo, el retraimiento de la demanda no se traduce en una reducción de precios que incentive el consumo. Más bien, las mínimas reducciones de precios que se producen a nivel minorista, se trasladan automáticamente a los largo de la cadena y son soportadas casi exclusivamente por los productores. Hay que resaltar que la proporción que las materias primas representan en el precio final pagado por los consumidores desciende indefectiblemente según el consumidor demanda productos con más servicios y atributos (a menudo intangibles) incorporados al producto. Cuando el precio de la materia prima en el campo representa sólo un 25% del valor del producto a nivel minorista, toda oscilación relativa con un impacto menor en el consumidor tiene un impacto mucho mayor en el productor.

3.2. Un problema para la salud pública

Los cambios en los hábitos de consumo y la reducción de la actividad física han traído como principal problema el sobrepeso, y la obesidad que ha dejado de afectar solamente a los países industrializados para convertirse en una importante preocupación también en los países en desarrollo (Shetty *et alii*, 2006). Actualmente en el mundo hay más individuos con sobrepeso y obesos que subnutridos. El grupo de trabajo internacional en obesidad cifra en más de 300 millones la población obesa y en más de mil millones la que padece sobrepeso.

La definición de sobrepeso y obesidad se basa en la medida del índice de masa corporal (IMC) que relaciona el peso con la estatura del individuo. La Organización Mundial de la Salud establece que un IMC comprendido entre 25,0 y 29,9 denota sobrepeso, y obesidad cuando es superior a 30.

El sobrepeso y la obesidad pueden considerarse actualmente una epidemia que afecta a todos los países del mundo y que se ha convertido en un grave problema de salud pública. Para la Unión Europea representa un gran desafío, puesto que su coste supone el 8% del gasto en asistencia sanitaria (Comisión Europea, 2008), sin contar con el presupuesto destinado a la financiación de proyectos de investigación, como los incluidos en el Séptimo Programa Marco 2007-2013, cuyo objetivo es mejorar la comprensión del modo en que interaccionan los alimentos, la nutrición y la salud. La finalidad última es lograr que las dietas de los europeos sean más sanas y eficaces para combatir la obesidad y las enfermedades relacionadas. En la UE-15 el 56% de la población tiene sobrepeso y más del 26% es obesa (Tabla 1). Grecia es el país con las mayores tasas de obesidad de la UE.



Tabla 1. Incidencia del sobrepeso y la obesidad en la UE-15

	Millones de personas			Porcentaje	
	Población	Sobrepeso	Obesidad	Sobrepeso	Obesidad
Alemania	82,4	52,5	16,2	63,7	30,9
España	41,0	22,8	6,4	55,6	28,1
Francia	60,0	26,5	4,3	44,2	16,2
Grecia	11,0	8,2	2,9	74,5	35,4
Italia	57,5	29,8	7,0	51,8	23,5
Portugal	10,1	5,6	1,3	55,4	23,2
Austria	8,1	4,8	1,6	59,3	33,3
Bel-Lux	10,8	5,3	1,2	49,1	22,6
Dinamarca	5,4	2,7	0,5	50,0	18,5
Finlandia	5,2	3,3	0,9	63,5	27,3
Irlanda	3,9	2,0	0,4	51,3	20,0
Países Bajos	16,1	7,5	1,5	46,6	20,0
Suecia	8,9	4,6	0,9	51,7	19,6
Reino Unido	59,4	37,1	11,1	62,5	29,9
UE-15	379,8	212,7	56,2	56,0	26,4

Fuente: OMS y ONU (2004). Elaboración propia a partir de Schimidhuber (2006).

Las enfermedades crónicas no transmisibles (ECNT) asociadas a los cambios en la alimentación y en el estilo de vida se han incrementado, entre ellas las enfermedades cardiovasculares, el cáncer o la diabetes. La mortalidad, morbilidad y discapacidad atribuidas a las principales enfermedades no transmisibles representan actualmente alrededor del 60% de todas las defunciones y se prevé que puedan llegar al 73% en 2020. Además, el 66% de estas defunciones se registran en los países en desarrollo en donde las personas afectadas son en término medio más jóvenes que en los países desarrollados. Esto viene asociado a las tendencias demográficas y los modos de vida relacionados con dietas poco saludables y falta de actividad física (OMS, 2004).

Mención especial merecen los niños en los que se incrementa la incidencia del sobrepeso y la obesidad. Cada año unos 400.000 niños en edad escolar entran en la categoría de sobrepeso en la UE. Los niños obesos se convierten en adultos obesos y no modifican sus hábitos alimentarios, por ello es importante actuar a tiempo. Los factores relacionados con esta problemática son la dieta y la actividad física pero también otros relacionados con la familia como son el nivel educativo y de renta de los padres o el hecho de comer con la familia regularmente. Además, el papel de los niños es fundamental. Por ello debe prestarse especial atención a la elección del tipo de alimentación que se distribuye en los colegios, puesto que según la Asociación Europea para el Estudio de la Obesidad en la UE hay más de 22 millones de niños con sobrepeso.

4. Revertir la tendencia

Los cambios en los hábitos de consumo están afectando a todo el planeta. Urbanización en los modos de vida, modificaciones en los ritmos de trabajo, incorporación de las mujeres a la vida laboral, nuevos modelos alimentarios, población inmigrante, etc. Se trata de cambios sociológicos que, asociados a la transformación de los sistemas de distribución y comercialización, comportan una verdadera revolución en las formas de relación entre los agentes de la cadena agroalimentaria. En España se observa además un empeoramiento de la dieta y de la salud que afecta a la calidad de vida de los ciudadanos, lo que ocasiona un elevado gasto sanitario. Al mismo tiempo, el sector de frutas y hortalizas atraviesa una profunda crisis debido en cierta medida a la caída de la demanda. Como señalamos anteriormente, estamos ante un problema económico unido a un problema de salud pública. Es claro que ambos problemas no están totalmente relacionados. La crisis del sector de frutas y hortalizas en España no tiene sólo que ver con los cambios en la demanda, sino también con su falta de competitividad internacional en una economía abierta y con la débil inserción de los productores en las cadenas de valor. Es claro que no todo aumento del consumo de frutas y hortalizas tiene que beneficiar automáticamente a las áreas de cultivo en España. Sin embargo, puede pensarse que puede haber estrategias que mejoren la calidad de nuestra alimentación y a la vez beneficien a un sector fundamental en el paisaje agrario del Mediterráneo.

Se hace necesario buscar alternativas para revertir la tendencia que deben contar con el apoyo gubernamental. Las políticas adoptadas deben mejorar la calidad de los productos de la agricultura y contribuir a que los ciudadanos adopten una dieta sana y equilibrada. Incentivar este cambio pasas por modificar factores sociales y culturales, obtener productos sabrosos y que estén fácilmente al acceso del consumidor (Yamazaki, 2008). Los gobiernos deberían ser conscientes del coste real que la comida barata tiene para la salud, el medio ambiente y el presupuesto público. La administración, tanto a nivel europeo como nacional, debe desempeñar un papel activo para mejora de la alimentación de la población que repercuta en la calidad de vida de los individuos y en la reducción del gasto sanitario provocado por enfermedades relacionadas con dietas desequilibradas. Algunas medidas que ha adoptado son la regulación de la publicidad de ciertos productos, la promoción de otros o la prohibición de venta de productos con alto contenido en grasas saturadas y azúcares en las escuelas. Otras medidas que se han planteado son las siguientes.

4.1. Dieta mediterránea: patrimonio cultural inmaterial de la humanidad

Para contrarrestar la pérdida de la dieta mediterránea, que no sólo afectaría a la salud de millones de personas sino que además pondría en peligro la supervivencia de un patrimonio más amplio conformado por los paisajes y las tradiciones asociadas a ella, ha sido propuesta para ser designada Patrimonio Cultural Inmaterial de la humanidad de la UNESCO.



La candidatura fue presentada conjuntamente por España, Italia, Grecia y Marruecos el 30 de septiembre de 2008 y se estima que la UNESCO dará a conocer su decisión a finales de 2009. El objetivo es «lograr el reconocimiento internacional de la dieta mediterránea como patrimonio cultural inmaterial de la humanidad, y que forma parte del legado cultural, histórico, social, territorial y medioambiental desde hace muchos siglos, estando íntimamente vinculada al estilo de vida de los pueblos mediterráneos a lo largo de sus historia» (Castells, 2008).

4.2. Información y la formación del consumidor

La insuficiente formación del consumidor sobre alimentación y nutrición y las carencias que presenta la información que recibe (por ser excesiva, defectuosa, difícil de comprender o contradictoria) no facilita la elección de alimentos. Si a esto añadimos la falta de interés que muchos consumidores muestran sobre el proceso productivo (origen del producto y/o transformación industrial) y la distribución (circuito de comercialización seguido hasta llegar a sus manos) y el escaso tiempo disponible para realizar la compra, estamos ante consumidores poco conscientes de la importancia de sus decisiones de compra para su salud, para el sector agrícola y para el medio ambiente.

Un ejemplo de desinformación hace referencia a las necesidades alimentarias diarias y al aporte nutricional de los alimentos. Las recomendaciones nutricionales que hacen los organismos oficiales OMS/FAO se expresan en cantidades de elementos o nutrientes pero resulta difícil determinar la cantidad existente en un alimento concreto. Sólo la recomendación de consumo de frutas y hortalizas se realiza en cantidad de producto –400 gramos al día–, lo que resulta comprensible a cualquier consumidor.

También son contradictorias las informaciones que llegan al consumidor sobre sanidad de los alimentos (bondad del aceite de oliva, aceites de semillas...) en muchas ocasiones fruto de la rivalidad entre fabricantes y de agresivas campañas de promoción por lo que el consumidor se encuentra en una situación de indefensión.

La inexistencia de estudios científicos incontrovertibles sobre las propiedades nutricionales de los alimentos también contribuye a la confusión de los consumidores (¿la leche es buena o tiene demasiadas calorías y grasa saturada?). De hecho, los estudios sobre los efectos en la salud de determinados elementos no son en absoluto concluyentes. Por ejemplo, el betacaroteno, que parecía combatir el cáncer de pulmón, puede incrementar esta dolencia entre fumadores. Algo similar sucede con la vitamina B. Estos estudios se complican al no poder estudiarse el efecto aislado de un nutriente dado que existen sinergias y efectos cruzados entre ellos. Por este motivo las investigaciones se han centrado en combinaciones de alimentos y modelos alimentarios como es el caso de la dieta mediterránea.

4.3. Promoción del consumo de frutas y hortalizas

Dentro de las medidas de política agraria que resulta necesario emprender para revertir el deterioro de la dieta y sus consecuencias destaca la promoción del consumo de frutas y hortalizas. Existen evidencias de que los cambios en los patrones de consumo hacia productos menos saludables han tenido efectos perniciosos habiéndose incrementado los casos de sobrepeso y obesidad así como el de otras enfermedades asociadas a una dieta desequilibrada (hipertensión, cáncer, etc.).

En EEUU, la Administración de Drogas y Alimentos (FDA) inició en 1992 una campaña de educación para concienciar a los ciudadanos de la importancia de consumir frutas y hortalizas para mejorar su salud. Desde entonces no ha dejado de fomentar el consumo con el «5 al día» y otras campañas de promoción.

En Europa, la promoción del consumo de frutas y hortalizas es más reciente. La nueva reforma de la Organización Común del Mercado del sector propone un programa para potenciar el consumo de los escolares (*School Fruit Scheme*), conscientes de que los hábitos que se adquieren de niño se mantienen en la edad adulta.

La UE prevé destinar una total de 157 millones de euros para este programa (90 que aporta la UE y el resto procedentes de fondos nacionales y privados). Para su aplicación se van a crear dos grupos de expertos a nivel europeo, uno formado por investigadores en salud pública y educación y otro orientado a supervisar la aplicación del programa, el intercambio de buenas prácticas y la transferencia de conocimiento entre estados miembro mediante la creación de una red a través de Internet.

El objetivo del programa es la educación de escolares para la adquisición de buenos hábitos de alimentación que reduzcan las enfermedades asociadas a una dieta desequilibrada con déficit de frutas y hortalizas (obesidad, enfermedades cardiovasculares, diabetes, ciertos tipos de cáncer, problemas musculares, etc.). El programa también contempla medidas para acercar a los niños al mundo rural y agrario y concienciar a la población sobre la educación, la salud y la agricultura.

El plan de consumo de fruta en las escuelas también pretende mitigar los efectos negativos que la crisis económica tiene en los grupos más vulnerables de la sociedad haciendo disminuir el consumo de frutas y hortalizas. Corresponderá a los gobiernos decidir si desean participar o añadir fondos suplementarios². De este modo, los primeros que deben estar convencidos son las administraciones del Gobierno de España y las Comunidades Autónomas. Se trata de un plan que puede beneficiar la producción española en la medida en que se fomente el consumo de productos frescos y de temporada.

² Los detalles pueden encontrarse en http://ec.europa.eu/agriculture/markets/fruitveg/sfs/index_en.htm



5. Conclusiones

Los factores determinantes en los cambios en la demanda global de alimentos son, en primer lugar, la evolución de la población y el crecimiento económico, o variables sociológicas asociadas al mismo. En segundo término influyen la situación y coyuntura particular de cada país o región que viene a complementar la explicación de la evolución y los cambios registrados. Los desarrollos más dinámicos se han producido en los países emergentes, especialmente en China e India, en donde el incremento de renta conlleva el consumo de alimentos de mayor valor añadido, especialmente de carnes y productos lácteos. Los cambios se están sucediendo también en la región mediterránea, con una pérdida progresiva de los hábitos que se asociaban a una dieta saludable. Sin duda, la caída del consumo de frutas y hortalizas frescas puede contarse como una de las causas de la crisis que atraviesa el sector en España, que debe innovar para adaptarse a los cambios en las preferencias de los consumidores.

Una dieta equilibrada que siga las recomendaciones de los organismos internacionales repercute en el bienestar y la salud de la población. De otro modo se incrementan las enfermedades y consecuentemente el gasto sanitario. Nos encontramos ante un problema de salud que es, a la vez, un problema económico. Revertir esta tendencia pasa por adoptar medidas tales como el fomento de la dieta mediterránea, las campañas de promoción de consumo de frutas y hortalizas, y la formación y la información disponible para el consumidor. Se trata de acciones en las que todos podemos colaborar, desde la administración, desde los medios de comunicación y desde los centros educativos.

6. Bibliografía

- CASTELLS, M. (2008): «El reconocimiento internacional de la dieta mediterránea como patrimonio inmaterial: oportunidades para el turismo gastronómico balear»; en *Boletín de Gestión Cultural* (17). Disponible en <http://www.gestioncultural.org/gc/boletin/2008/bgc17-patrimonioinmaterial.htm>
- COMISIÓN EUROPEA (2008): *Investigación. Combatiendo la obesidad en Europa*. Disponible en http://ec.europa.eu/research/leaflets/combating_obesity/article_2766_es.html
- FAO (2008a): *The state of food insecurity in the World. High food prices and food security threats and opportunities*. Roma.
- FAO (2008b): *El alza del precio de los alimentos: seguimiento a la Conferencia Mundial de Alto Nivel sobre Seguridad Alimentaria de la FAO*. Roma.
- FRESHFEL (2008): *Freshfel Consumption Monitor 2007*. Disponible en http://www.freshfel.org/site/pub_h.asp

- GARCÍAÁLVAREZ-COQUE, J. M.; COMPÉS, R.; BAVIERA, A.; BENDOUDA, F.; WESTALL, D.; GARCIA, M.; GREEN, R.; JEANMART, F.; PERITO, M. A. y SCHNEIDER, A. (2006): *La réforme de l' OCM fruits et legumes*. Bruselas, Parlamento Europeo.
- NACIONES UNIDAS (2008): *Objetivos de Desarrollo del Milenio. Informe 2008*.
- OCDE y FAO (2008): *Agricultural Outlook 2008-2017*. Disponible en <http://www.agri-outlook.org>
- OMS (2004): *Estrategia mundial sobre régimen alimentario, actividad física y salud*. WHA57.17
- POLLAN, M. (2003): *Cheap-food farm policy comes at a high price: the obesity epidemic*. New York Times.
- POLLAN, M. (2007): *You are what you grow*. Disponible en <http://www.michaelpollan.com/article.php?id=88>
- POPKIN, B.M (1993): «Nutritional patterns and transition»; en *Population and Development Review* (19); pp. 138-157.
- SÁNCHEZ, M. (2008): «Los nuevos consumidores»; en *Papeles de economía española* (117): «Economía agroalimentaria. Nuevos enfoques y perspectivas»; pp. 157-166.
- SCHIMIDHUBER, J. (2006): *The EU diet-evolution, evaluation and impacts of the CAP*. FAO.
- SCHLUEP, I. (2005): *Dairy food consumption, production and policy in Japan*. Center for Agricultural and Rural Development (CARD), Documento de Trabajo 05-WP401.
- SHETTY, P. y SCHIMIDHUBER, J. (2006): «The epidemiology and determinants of obesity in developed and developing countries»; en *International Journal of Nutrition Research* (LXXVI, 4); pp. 157-162.
- VON BRAUN, J. (2007): *The world food situation: new driving forces and required actions*. Documento presentado al *CGIAR Annual General Meeting* (Pekín).
- YAMAZAKI, F. (2008): *Food policies, consumption patterns, health concerns and the mediterranean diet*. CALMED Consortium.